

LA GUERRA FRIA SE VENDE MAL

LA Unión Soviética y los Estados Unidos han conseguido un buen manojo de tratados mutuos en la ocasión del viaje de Nixon a Moscú. El de limitación del armamento nuclear es el más espectacular de todos. Es una consecuencia de largas y laboriosas conversaciones, las SALT (conversaciones para la limitación del armamento estratégico) celebradas en Helsinki y Viena; tan apretadas, que Nixon y Brejnev tuvieron que alargar su conversación en espera del telegrama que las daba por finalizadas con buen acuerdo. Un acuerdo que estaba adquirido desde el principio, desde que por primera vez se encontraron las dos delegaciones, pero cuyos detalles estrictamente técnicos y no políticos requerían tiempo y discusión.

LA necesidad de acuerdo era tan patente como lo puede ser en dos grandes empresas que se están arruinando en una concurrencia mutua hasta que deciden entenderse y limitar sus gastos. Las armas, en tiempo de paz, son el ejemplo más puro que existe del artículo llamado de consumo: envejecen antes de ser utilizadas, hay que reponerlas continuamente, continuamente hay inventos que desplazan a las anteriores. No es necesario señalar el terrible desgaste económico que para la URSS y para los Estados Unidos está suponiendo esta carrera de armamentos que tan rápidamente envejecen sin salir de sus silos; ni es necesario tampoco advertir que, hace ya muchos años, cada una de las dos potencias ha superado con creces la posibilidad de destruir enteramente a la otra, que ninguna de ellas tiene posibilidades de evitarlo, que las dos juntas tienen la posibilidad de destruir enteramente la vida de nuestro planeta —y quién sabe si de producir un grave desequilibrio en el universo— y que, aun cuando no la emplearan totalmente en una guerra entre ambas, el centro de la civilización en que vivimos quedaría aniquilado.

SABIDO esto, no hay razón ninguna para lanzar un suspiro de alivio al conocer la noticia de que el acuerdo se ha firmado. Es un puro acuerdo económico. Las armas que hay en los arsenales y las que indudablemente se van a continuar fabricando, aun dentro de los acuerdos de limitación —cuyo texto no se conoce aún—, son suficientes para la destrucción total. Por otra parte, desde siempre se está manteniendo la idea absolutamente equivocada de que el desarme o la limitación de armamentos son medidas que pueden traer la paz, como si la guerra fuese producida por las armas, y no la inversa. De la misma manera que en los Estados Unidos a cada nuevo asesinato o atentado —como ahora, en el que ha tenido por víctima a Wallace— se insiste en la necesidad de prohibir la venta libre de armas de fuego como si fuesen sólo las armas, dotadas de una especie de vida propia, las que produjesen los atentados. En ningún país, por restrictivo que sea en materia de venta de armas, les han faltado nunca a los verdaderos asesinos, y casi siempre les suelen faltar a las gentes de vida pacífica que pretenderían defenderse. La limitación de armamentos entre la Unión Soviética y los Estados Unidos no tiene por qué traer ninguna forma nueva de paz al mundo.

AHORA bien, la limitación de armamentos es un síntoma, un símbolo de que ese apaciguamiento existe ya. Si la guerra fría no hubiese terminado, si no se estuviese profundizando tan seriamente en el camino de la coexistencia, no habría habido tal acuerdo en Moscú. Si de alguna forma se volviese atrás, la producción de armamentos nuevos y en cantidades masivas volverían, desordenadamente, abundantemente, sin tener en cuenta los acuerdos de ahora en Moscú.

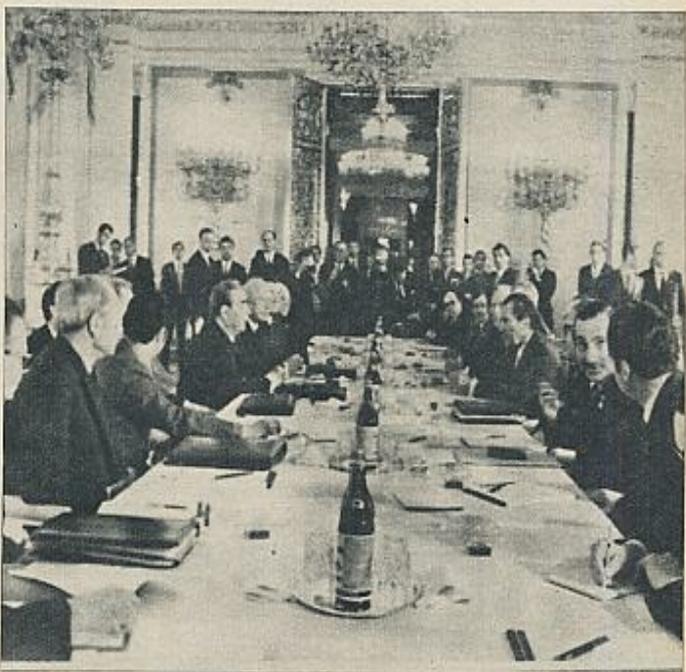
LA lección que nos da este indudable acontecimiento es la de la profundización de un hecho que tiene por lo menos diez años de existencia muy visible, algunos más de existencia profunda: la decisión de Estados Unidos y de la Unión Soviética de no hacerse la guerra entre sí. Es fácil recordar que el término de coexistencia fue lanzado por primera vez con este carácter en 1956 por la Unión Soviética —Kruschev, en el XX Congreso— como una «necesidad objetiva»; aunque hay autores que creen que la idea de coexistencia viene de mucho más atrás en Moscú, por lo menos a partir de 1920, en la época en que Lenin hablaba de una tregua entre el socialismo y los países capitalistas, y en el «socialismo de un solo país», de Stalin, que excluía la exportación y fortalecimiento de revoluciones afines. Como si la instalación de la Unión Soviética con su régimen propio en el centro de un mundo predominantemente capitalista fuese una vieja vocación inscrita ya en el programa desde los terribles años difíciles que siguieron a la revolución, y lo hubiese conseguido finalmente, ahora, tras tantos avatares históricos. Esta profundidad

histórica de la coexistencia es difícil de examinar ahora, y habría muchos y muy diferentes puntos de vista; pero sí es cierto que al menos desde que en octubre de 1962 se produjo la crisis del Caribe y su solución sin guerra, la coexistencia estaba en marcha, y que en estos diez años ha ido progresando en todos los terrenos, a pesar de episodios que eran y son aparentes contradicciones, como los de Vietnam y Oriente Medio.

SABEMOS que la contradicción que esta nueva circunstancia ha producido en el mundo comunista ha sido muy profunda, y va a serlo aún más: no es fácil recibir a Nixon en casa —en Moscú, en Pekín—, firmar con él acuerdos importantes que tienen resonancia mundial, y seguir manteniendo en el interior una rigidez, una tensión, un estado de vigilancia que no se corresponde con la situación. Las dificultades que ha tenido la Unión Soviética con otros países de régimen comunista, las que tiene en el interior con lo que llamamos los intelectuales —los intelectuales casi nunca son más que la cabeza visible de un movimiento mucho más profundo; se puede castigar esa cabeza, y los Gobiernos no suelen privarse de hacerlo, pero el movimiento de profundidad continúa siempre— son ya una consecuencia. Sabemos también que en los Estados Unidos la contracción ha sido mucho más grave y más fuerte, sin duda porque la seguridad en la propia fuerza era muy superior y costó mucho trabajo abandonar la idea de la fuerza absoluta; hasta el punto de que la sociedad de los Estados Unidos de hoy ofrece graves perfiles de enfermedad.

PERO no podemos ignorar que, al mismo tiempo, el rápido proceso de la coexistencia está variando las condiciones políticas de todo el mundo y muy especialmente de la zona en que vivimos, Europa. La mayor zona de guerra fría que existía en este continente era Alemania Federal, por la explotación realizada por Estados Unidos de sus condiciones, y Alemania Federal ha ratificado los tratados con el Este, ha negociado con

La necesidad de acuerdo era tan patente como lo puede ser en dos grandes empresas que se están arruinando en una concurrencia mutua, hasta que deciden entenderse y limitar sus gastos.





La limitación de armamentos entre la Unión Soviética y los Estados Unidos no tiene por qué traer ninguna forma nueva de paz al mundo.

Alemania del Este alguno tratados —el mismo día en que se firmaba en Moscú el de limitación de armamentos, las dos Alemanias firmaban el acuerdo de tránsito— y está ahora dispuesta a presentarse en la conferencia de seguridad europea que probablemente se celebre en 1973, y cuyos preparativos probablemente se van a acelerar en una especie de foro abierto, de conferencia permanente, que va a funcionar durante este año en Estocolmo. La visita de Nixon a Moscú debe conducir ya sin limitaciones a todo ello. Y lo que ahora se está preparando en Luxemburgo es la posibilidad de que la Europa de los Diez, la Europa del Mercado Común, se presente a esa conferencia como un solo bloque.

Lo que supone esa decisión es, sobre todo, que la Europa de los Diez va a exceder de sus funciones puramente económicas, de mercado, para presentarse como una entidad política. Es importante, porque destruye los alegatos de quienes mantienen que el Mercado Común no tiene intereses en la morfología política de sus miembros, y sí los tiene. Aquí, en España, se suele argumentar mucho en bastantes sectores acerca de ese tema. Son sectores conservadores, poco móviles. Viven aún en la relativa seguridad que les proporcionó la guerra fría, como ocurre con la democracia cristiana alemana —la española parece tener opiniones muy distintas, mucho más abiertas— y, simplemente, no creen en un movimiento que se viene acentuando desde hace esos diez años antes señalados. La guerra fría ahora se vende mal. Tuvo un buen mercado en los años cincuenta, y aún en los sesenta, pero empieza a ser mal negocio. Otros muchos sectores se han dado cuenta de todo ello y, aunque en otros momentos hayan tenido otras posiciones, se adaptan mejor a la coyuntura de ahora. Sería interesante que si España se ha de adaptar a la morfología que su estancia en el mundo europeo requiere esto sucediese sin las contracciones internas y las crisis que han afectado a Estados Unidos, a Alemania Occidental o a Italia. Quizá la forma más aceptable sería la de considerar su propia morfología política no tanto por las presiones que Europa pueda ejercer en su afán de institucionalizar el continente sobre la base del sufragio universal —no olvidemos que en 1945 la guerra la ganaron los partidarios del sufragio universal, y con ánimo de imponerlo en el mundo, y la perdieron sus enemigos; y que la otra opción que ganó la guerra fue la comunista, de forma que en el mundo dominante de hoy no hay más que dos opciones a tomar, o la del sufragio universal en sus muy diversas modalidades, o la comunista, en también muy diversas modalidades—; no modificar la morfología política de España, decíamos, en función de presiones europeas, sino en función de la propia conveniencia y disfrute de derechos y libertades de sus ciudadanos.

CUIDADO CON LA IZQUIERDA

COMIENZA a inquietar el crecimiento de la izquierda. Su última adquisición ha sido la de don José Antonio Girón. La "izquierda nacional", exclamó un espectador del "come back" de Girón en Valladolid, lo cual hace sospechar que debe haber por algún sitio una izquierda extranjera. Ha enriquecido el retablo de la izquierda: el anterior pez gordo había sido don Rafael Calvo Serer. Y algo antes don José María Gil Robles. Hay motivos para asustarse. Hay motivos para salir a la calle y contribuir modestamente a la campaña pictórica de "Rojos, no". ¿Quieren estos jacobinos precipitarnos al "caos nacional", como dice «Diego Ramírez» en "Arriba"? Se lee mucho a "Diego Ramírez", sobre todo porque se sospecha que es "alguien". Hace unas semanas, don Emilio Romero —el mismo señor que creó la frase de la "izquierda nacional"— escribía: "Lo que está claro es que 'Diego Ramírez' o está en el Gobierno o bebe en sus fuentes. El pensamiento oficial en este asunto es lo que dice 'Diego Ramírez'". Ese asunto era ya del régimen de partidos. Ahora "Ya", que reproduce el de "Arriba", insiste en que lo hace "para que nuestros lectores sepan cuáles son las tesis y los argumentos de la línea oficial". Esa tesis y esos argumentos, sean o no oficiales, consisten en explicar que el régimen de partidos está fuera de lugar en casi toda Europa, y que Europa no pide semejante cosa a sus europeos. "El ejemplo de Turquía demuestra hasta qué punto se puede participar en las instituciones paneuropeas sin disponer de una forma demoliberal de gobierno". Y no es Turquía sólo: también es Grecia, "que prefirió el orden y la prosperidad interiores a su presencia en la Asamblea de Estrasburgo". Estos ejemplos de Grecia y de Turquía se oyen citar con abundancia y entusiasmo a la "derecha nacional". Porque también debe haber una derecha extranjera. ¿Será la de algunos ilustres próceres como el conde de Motrico o el marqués de Santa Cruz? Estos señores han sido embajadores en Londres y en París y, quién sabe, quizá se han contaminado. Pasa mucho. Stalin envió a España algunas de las figuras más relevantes de su régimen, y luego tuvo que ejecutarlas: se habían contaminado. Entre la derecha nacional y la derecha no nacional hay una diferencia bastante clara: la de los países que más influyen. Será de la derecha nacional un caballero que admire a Grecia y Turquía; será de la derecha extranjera el que admire a Gran Bretaña y a Francia. La derecha extranjera y la izquierda nacional son más difíciles de distinguir entre sí: hacen falta ojos muy perspicaces para ello. O quizá no haga falta: ¿para qué tanto matiz? Unos y otros son condenables. Para ellos el excelente y útil panorama de "grafitti": "Rojos, no". ■ POZUELO.